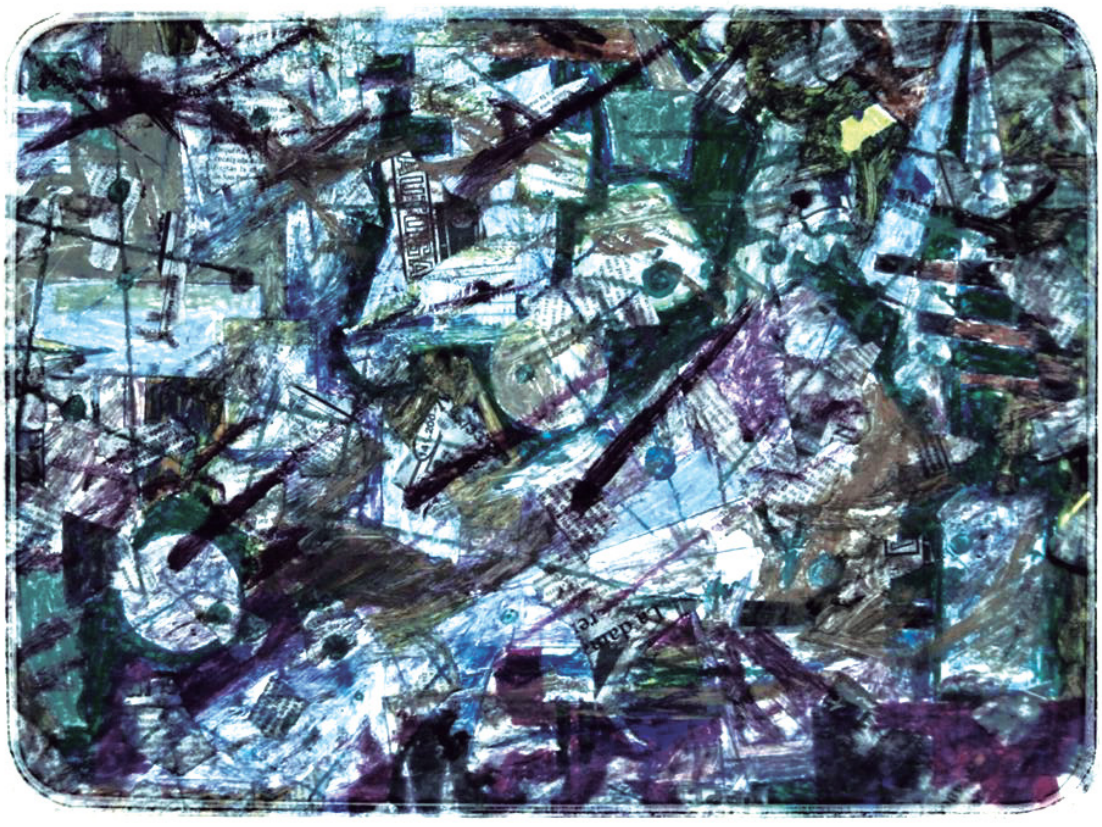
TEQUILAPRAYERS

Julia Wong

*T*equila*p*rayers

Créditos de las imágenes

Ignacio López Calvo



Letanía del odio

A veces me pongo a mirar mi odio

Como si fuera el bolsillo escondido de alguna cartera antigua

Una que solía usar cuando miraba alguna paradoja de la luna.

Cargo a mi odio de costado, como si no pesara tanto

Y lo pudiera pasear como a un perro mientras pongo un paso sin temor delante de otro paso tuerto.

Continúo, como sombra o esqueleto

De un cuerpo que se maneja mejor con las oscuridades y las furias

Pan recién horneado, te filtrante como en los pueblos encubiertos.

A veces me pongo a mirar mi odio como un padrastro.

A veces miro mi odio como a mi madre que nunca puso a otro hombre antes que a mi viejo

A mi hermano lo engrió como niño de teta hasta que su peso le doblegaba el seno

Mi padre, en cambio, aunque no puso a ninguna mujer delante de mi madre

No sabía qué hacer con ella

A veces la admiraba, a veces la quería y mayormente la olvidaba

Sus pensamientos no estaban en otra mujer, sino en el aire,

Más allá de una escalera transparente

En alguna nube que se quiebra.

Mi madre compraba escapularios del Señor de los Milagros, rezaba

Escribía cartas en Chepenano antiguo, algo así como:

Estimado esposo,

Aún le espero, he aprendido a cocinar el arroz como usted me enseñó

En la olla de fierro negra, cuando hierve, le pongo un latón entre el poto y la hornilla para que seque

Mientras aún está húmedo el arroz tiene un aroma que me hace recordarlo

Usted me enseñaba los nombres de los ríos en China

Me hubiera gustado que a usted le guste el Perú.

Mi padre tenía un águila de pico colorado en su cuarto, solo él y yo podíamos verla

El águila era la única dueña de su atención y cada átomo de su disciplina.

En China no se espera otra cosa de un hombre sabio

Solo que domestique de tal manera a su águila que cuando él quiera volar para siempre el águila sepa llevarlo en silencio

no dejar huellas.

A veces cargo mi odio como si el águila fuera una amiga que pudiera ayudarme a sostener alforjas sobre mi espalda

O mantos con bordados mayas / andinos, como si las piedras de todo el Perú me persiguieran

A veces es una mochila

Siempre llena, siempre recargada y reforzada del odio más conspicuo y desaforado

Y a veces puedo sacar a mi odio que empieza a marchitarse y va muriendo

Hablarle para que reviva al pájaro cotorro que repite lo que sangra el corazón.

A veces saco mi odio como un acto bulímico en una galería lujosa, donde se vende ropa interior como placebo para el hombre que no sabe qué hacer conmigo en la cama.

Quizás sepa hacer algo con lencería de esplendor.

¿Qué se hace con una mujer que llora mientras le hacen el amor porque recuerda a su padre volando por los techos y a su hermano mamando una teta enorme?

A veces saco mi odio como un viaje en Tren Ligero hasta el Periférico sur, son 10 estaciones,

En cada una sube un torero y un toro, pelean frente a mis ojos, se sacan la clavícula en Urdaneta, sangran hasta desfallecer en Isla raza, se lamen las heridas en Washington y se cambian de nombre en Juárez, a joro y jorero, porque todo lo que empieza con jota en Jalisco suena a cadáver.

Saco mi odio: lo acicalo, lo peino, lo clavo en mi pared alquilada;

Lo miro, lo quiero destruir y compruebo que sin mi odio, no tengo hambre, ni intestino.

Bosque de Pedros

Vengo del vértigo

De la calle agotada buscando el nombre exacto

Pisando una mano cortada con su propia codicia

Mi papel de ama de casa, me agota como la lluvia calculada en gramos...

Llevo días recogiendo pelos

Hago ovillos agigantados como enormes bolas animalizadas

Se posarán sobre cráneos rapados, quimioterapeutizados.

Así camino, con un trapo viejo limpiando los restos de varias preguntas sin respuesta,

¿Se llaman Pedro los hombres que soplan junto al guardián en la oscuridad?

Tengo una hija, que camina siempre adelante, siempre erguida, como si todos los Pedros del mundo regaran un río navegable a su pericia para dirigirme.

Esa hija cruza su mirada entre mis pies cansados intermitente a su vista en las águilas

Esas alas se anudan a sus talones blancos como las semillas marmóreas de este trecho

Nos vamos alejando del bosque y de las sombras, ella de mí, yo de ella

Cada vez más helado, cada vez más ponzoñoso.

El alacrán deja su sombra en medio del bosque, y todos los Pedros rotos, los heridos

Babean por inyectarse un veneno que les haga soñar con la fértil luz tibia que os ampare.

Esa es la sombra, la que se hace cada vez más grande

Hasta llegar a los pies de la hija y convertirla en un nombre que escape eternamente, un día tras otro de ese destino pétreo de caminar lóbrega por este bosque sin apellido.

El error

Busco en las líneas de las manos el error

En alguna ranura debe estar el desovadero por el que ha escapado el nombre del veneno

Trato de recordar la noche en que te sostuve como un plato de sopa caliente después de la lluvia

Han pasado más de veinte años

Allí está esa servilleta tan fina, la que nos limpia un poco las babas del amor, esa válvula sagrada que quiere llamarse tiempo

Y que no molesta, ni pesa

En tus manos, tus cadáveres se hicieron amigos

Y las hojas... así... caen como piel seca

(extrañas a tu país)

Inundaron con un olor a agua salada la tarde

La tierra en Italia tiembla, los amantes rompen contratos

Y tú sigues allí, invisible para todos, pero comiendo de mi ración salvaje y mi vaso celeste.

Allí se han mezclado lágrimas de hombres enfurecidos con este continente

Nosotros hemos tomado algunas, las otras las hemos dejado correr,

Es nuestro destino soportar el final de los nervios sin quebrarnos los huesos.

Canción del abandono y la ausencia

Queda el frío mármol ensuciado por la pisada de gato

La vereda rota, el espacio donde cayeron las patadas, la tremenda aparición de los pellejos

La mirada que se alargaba con esa culpa de monja castrada

El infinito de las cosas no tocadas

El camino hacia Puerto Vallarta, cubierto por colores enojados

Hicimos un cuerpo nuevo, porque creímos en palabras como «victoria», «aire», «carpeta»

Allí estás lamiendo las heridas con larga lengua de tigre

Solo hubiera podido hablarte de esa colina iluminada por faroles embebidos de oriente

Pero ya no estabas escuchando

Por no quedarte se anclan estas gracias mentirosas, lastimeras

Tu ausencia hizo posible mi vida cuarteada de desagüe, tan rota como la vereda y tan amarga como un café preparado con desidia

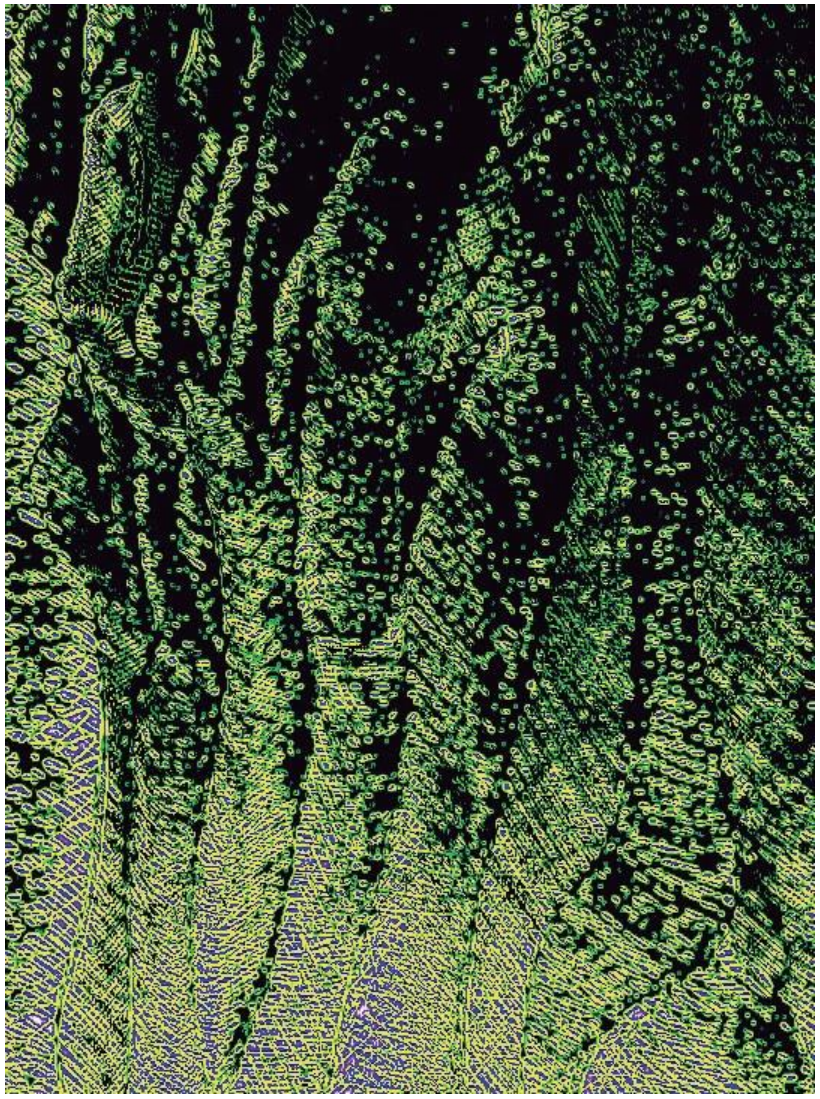
Este periplo de gorgojo y estas canciones lejanas de Portugal.

Sé que se miden las piedras con laberintos mentales.

Sentada con el culo helado entiendo que Epicúreo podría tener una respuesta a la blancura de la espera.

Nadie llega.

Empiezo a caminar sin dirección.



MIA FILHA E UMA GAZELA

¿Por qué escrivo este poema en Portugués?

Una esquina se aquilata de cómo acuestes tu espalda cansada de noche aguaitando

El farol se rompe en lágrimas maternas

¿Qué le pasa a la filha que quiere correr como gacela? Introducirse en el pesebre nórdico

De las cuevas misteriosas de los altos de Jalisco

Te desenrosco, pequeña... te desconozco en tus cuatro patas ágiles

Elevándote ligera sobre mí, sobrevolándome con pericia.

Obviando mi leche materna y mis cromosomas ennegrecidos por la rabia

Tengo tres inviernos a cuestas, pequeña

Poco hombre, mucha hambre de abrazos honestos

Esos que desgarran los bolsillos marxistas de mi circunferencia Nunca

he sabido si un hombre quiere un beso o mis oídos prestos Nunca sé si

mis piernas

O un potaje bien preparado

Nunca si quiere elevarse sobre la copa rampante de los árboles desnudados por la nieve

En invierno, lo opuesto a hija es nostalgia

Y ese dolor que quema como hielo atizado con pintura roja

Quedo preñada del mar. En invierno siempre me embaraza el mar. Pero ya no doy de parir ninguna pequeña, sino soliloquios, matanzas imaginarias

De una especie de ilusiones que se van convirtiendo en problemas neuronales o lapidan el riñón de la forma más extraordinaria, que la nieve pueda construir en los ojos

Digo que prefiero el verano, sin embargo, el invierno es la estación de las hijas, porque buscan a sus madres, se acurrucan en sus axilas azuladas, enmohecidas por esos abrazos rechazados

Las palabras que dicen estar de más y la longitud entre el vientre y la placenta apestosa

En un palacio de crímenes que se van desperdigando como huevos de ave acabada de disparar.

Del francotirador poco se sabrá. La gazela vieja seguirá esperando un cuarto invierno que nunca llegará. El venado azul es un tótem, una muralla que impide el melodrama familiar en la evolución de las especies. Y la pequeña gacela se ilumina con su propia menstruación y su saliva

Y allí volando

Ajena a este dolor de haber parido hace mucho ya, pero recrearlo en la venganza sonora del primer amor, el que inicia en el placer a la verdad y la mentira, el estómago rumiante

Y los copos de hielo acicalados por la economía de los bosques de bohemia.

No estornudes, que todas las grutas caerán. Esa otra mejilla que has puesto históricamente para que te apabullen se vengará de ti cual mantra.

Nada te aparte de mí, Gazelita,

Nada te impida llegar sana y salva a tu guarida.